Ciclo C

Eucaristía, sacramento de la unidad

Corpus Cristi

Cuerpo y Sangre de Cristo

Lucas 9, 11-17. Solemnidad de Corpus Christi. Cada Misa que se celebra en cualquier rincón de la tierra, tiene un valor redentor y de salvación universal.

En aquel tiempo Jesús comenzó a hablar a las gentes acerca del Reino de Dios, y curaba a los que tenían necesidad de ser curados. Pero el día había comenzado a declinar, y acercándose los Doce, le dijeron: Despide a la gente para que vayan a los pueblos y aldeas del contorno y busquen alojamiento y comida, porque aquí estamos en un lugar deshabitado. Él les dijo: Dadles vosotros de comer. Pero ellos respondieron: No tenemos más que cinco panes y dos peces; a no ser que vayamos nosotros a comprar alimentos para toda esta gente. Pues había como cinco mil hombres. Él dijo a sus discípulos: Haced que se acomoden por grupos de unos cincuenta. Lo hicieron así, e hicieron acomodarse a todos. Tomó entonces los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, pronunció sobre ellos la bendición y los partió, y los iba dando a los discípulos para que los fueran sirviendo a la gente. Comieron todos hasta saciarse. Se recogieron los trozos que les habían sobrado: doce canastos.

Reflexión

Desde siempre le ha sido evidente al hombre que el signo más espontáneo y simple de unión y amistad, es el comer juntos, y compartir el pan. También las familias de Israel, en tiempo de Jesús, practicaban esta costumbre.

Y entre las muchas cenas de familia que un hogar judío podía celebrar, había una especialísima: la cena pascual. Era una cena de agradecimiento a Dios por el milagro de la liberación de Egipto. Y una cena en que la familia judía expresaba su unidad no sólo

entre sí, sino también con su Dios. Fue celebrando esta cena que Jesús consagró el pan y el vino, instituyendo la Eucaristía.

La Eucaristía es la cumbre de la vida de la Iglesia y la corona de sus sacramentos. Es la gran Cena de agradecimiento de la familia cristiana, en que celebramos todos los dones recibidos del amor del Padre. Agradecemos, en primer lugar, por Cristo, por el milagro de su muerte y resurrección, que nos liberó del pecado y de la muerte. Agradecemos que Cristo nos hiciera hijos y hermanos.

En la Eucaristía expresamos también nuestra unión familiar, comiendo el Pan y el Vino que son el Cuerpo y la Sangre del Señor. Con este gesto, la Iglesia manifiesta lo más profundo de sí misma: la íntima comunión de amor de los hombres, entre sí y con Dios, lograda en Cristo.

En la comunión, por lo tanto, se ahonda esa unidad espiritual y física con Jesús, producida ya por el Bautismo. Y alcanza una cumbre inimaginable. Porque esta unión con el Señor que se deja comer por nosotros, para habitar en nuestro corazón y hacernos un solo Cuerpo con Él, supera todas las posibilidades de unión del amor humano. Uniéndonos con Él, nos hacemos también uno con todos los que comen el mismo Pan, de modo que en este sacramento culmina la fraternidad nacida del Bautismo.

Así la Eucaristía constituye un verdadero anticipo en esta tierra, de lo que será la vida de la Familia de Dios, una vez consumada en el Reino de los Cielos. Por eso se dice que la Eucaristía es la corona de todos los sacramentos.

Ella es, el sacramento de la unidad de la iglesia: porque la expresa y la acrecienta. Quienes no estén viviendo esa unidad, no pueden acercarse a la mesa del Señor. Porque su gesto de compartir con Él y con los demás un mismo Pan, sería una mentira. Por eso San Pablo pide que cada uno se revise antes de comer del Pan y beber del Vino. Y el Señor nos dice en el Evangelio que, si alguien recuerda haber ofendido a un hermano, vaya primero a reconciliarse con él, y vuelva después al altar.

Porque la comunión no puede ser una comedia de hermandad, que celebramos el domingo, mientras durante la semana nos apuñalamos unos a otros con nuestro odio, nuestros rencores, nuestras injusticias. Debe haber una continuidad entre vida diaria y Eucaristía. Al comulgar debemos expresar esa unidad que ya estamos viviendo - de algún modo - en nuestro hogar, en nuestra vecindad, en nuestro país. O por lo menos, debemos manifestar el sincero esfuerzo en que estamos empeñados, por construir un mundo donde haya más amor y unidad que en el presente.

Dios sabe que somos pecadores. Que estamos todos en camino, como el antiguo Israel. Que Él no puede exigimos la unidad completa aquí en la tierra. Desde este punto de vista, la Eucaristía es el banquete con que el Padre acoge y celebra a sus hijos pródigos. Banquete de perdón y reconciliación para los que humildemente confiesan sus traiciones, y retornan a pedir el Pan que puede ayudarlos, a ser más hijos y más hermanos.

Nadie como María puede enseñamos mejor como acercamos a la Eucaristía. Éste fue su gran sacramento, el único que Ella recibió del mismo modo que nosotros. Cada vez que recibía de manos de San Juan. Ese Pan que era el Cuerpo de su Hijo, María tiene que haberse emocionado profundamente: Porque reconocía el mismo Pan que Ella, durante nueve meses, había preparado con amor en su seno. Porque sabía que era harina de su propio trigal.

La Virgen había hecho su "Primera comunión" el día de la Anunciación. Una "Primera comunión" única, que se prolongó durante los nueve meses que Jesús habitó en su cuerpo. Después, cada vez que María comulgaba, revivía esos meses de profunda unión Espiritual y física con el Hijo que esperaba.

Queridos hermanos, pidámosle, por eso, a la Sma. Virgen que nos enseñe el modo de acercamos a la Eucaristía. Que nos ayude a revivir en nosotros su actitud de la Anunciación. Es decir, con un corazón pobre y puro, disponible, capaz de creer y de decir que sí - porque todo lo demás corre por cuenta del Señor, para quien nada es imposible.

¡Qué así sea!
En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt